

que toca a los establecimientos docentes, y, como el Sr. Palavićini ha dicho, me eran conocidos los lineamientos generales de ese programa; debo decir ahora que, conforme con ellos, he aceptado, no sin haber meditado muy seriamente, la invitación que se me hizo para colaborar a su realización; y, también, que considero el honor que se me ha dispensado, muy superior a mis merecimientos.

➤ He observado que la fundación de la Universidad no fué acogida favorablemente por todo el elemento docente de los planteles que la integran, y por gran parte de la intelectualidad mexicana. Algunos no vieron más que lo exterior; no fijaron su atención más que en los grados universitarios, y, poseídos del horror que a los liberales mexicanos inspira todo lo que pueda parecer una vuelta al pasado, casi se indignaron: me explico este sentimiento; más diré, lo comparto; pero no me explico que se juzgue de las cosas viéndolas solamente por fuera: otros que creen que no debe llevar el nombre de Universidad mas que un Establecimiento que abrace la totalidad de los conocimientos, aun aquéllos que no tienen ni tendrán nunca carácter científico, temen que con la creación de la Universidad se haya abierto la puerta para que se reclame mañana un lugar para la Teología en algunas de las escuelas que la forman; no falta quienes la condenen sin análisis; y, por último, algunos, entendiendo lo que se pretendía, y aun conviniendo en que la creación de la Universidad significaba una aspiración bajo algunos conceptos plausibles, presumieron—y en esto acertaron—que no tendríamos de nuevo más que una palabra; que las cosas seguirían lo mismo: temieron que la Secretaría de Instrucción Pública no se desprendería de un gobierno que nadie le disputaba, y, justo es convenir en que después del régimen de intensa centralización que en la aludida Secretaría se había observado, esos temores eran infundados. ←

Nos encontramos en todo esto con la funesta influencia de los nombres. No se ha querido ver que con un mismo nombre se designan hoy en el mundo establecimientos de enseñanza o de educación muy diferentes unos de otros; que, el término “Universidad” no designa hoy día establecimientos docentes de carácter bien definido.

Desde cualquier punto de vista que se examinen los establecimientos que en Europa y América llevan este nombre de Universidades, se encontrarán entre ellos grandes diferencias. La Universidad alemana, por ejemplo; es netamente intelectualista o científica, en el sentido de que se ciñe al cultivo de la ciencia, si bien no de un modo puramente pasivo por la enseñanza, sino activo por la investigación; las inglesas y americanas aspiran a un campo de acción más amplio, a formar HOMBRES COMPLETOS. Esta es la tendencia común a las últimas, pues existen grandes diferencias entre ellas, al grado de que la educación en los países de lengua inglesa ha sido motejada de anárquica por los que gustan de la rigidez y simetría que se acostumbra en los pueblos latinos.